

Hermoso fue el auspicio en que empezó su eclesiástica carrera el joven conde.

Una cualidad exquisita distinguía el carácter de Pio IX ya en su juventud; es la nobleza y sensibilidad de su corazón. Jamás hombre alguno ha llevado tan allá el espíritu del sacrificio y la protección dispensada á los desgraciados.

La brillante posición social que su casa ocupa hubiera sido en otro un óbice para penetrar todos los horrores del hombre condenado á las privaciones.

Juan María desde su infancia se dedicó á estudiar una ciencia que debería ser siempre la ciencia de los poderosos. Para él la miseria era una escuela; en la escuela del pobre aprendió la excelsa sabiduría de la caridad.

Sin duda la terrible enfermedad que sufría reconoció entre otras causas su sensibilidad extraordinaria. En épocas de grandes calamidades los corazones delicados sufren una verdadera tortura.

Prolongada la sufrió el alma de Mastai viendo tantos compatriotas suyos gemir en la desgracia, sin que bastaran los recursos de la munificencia individual á aliviar las necesidades hechas generales.

Caritativo por carácter y por educación, el joven Mastai quiso, al mismo

amado de su divino Hijo. En esta santa morada instruía la Maestra de la naciente Iglesia á los que movidos por las predicaciones de los Apóstoles abrían sus ojos á la luz de la verdad, reconociendo como verdadero Dios al que había muerto con la nota de infamia en el patíbulo de la cruz, acogidos al arca misteriosa de la Iglesia santa, para ser libres del terrible naufragio de los errores. En esta misma casa murió la santísima Virgen, y de ella la arrebataron los Ángeles para conducirla al cielo. Son varios los autores que afirman que en vida de la augusta Señora, que mereció única y sin segunda unir al candor de la virginidad las delicias de la maternidad, aquella casa fue convertida en iglesia por el Príncipe de los Apóstoles, el cual celebraba en ella el incruento sacrificio de la misa y daba la Comunión á la Madre de Dios, razón por la cual el altar que aun subsiste en la misma casa se denomina *Altar de san Pedro*. Por espacio de más de dos siglos permaneció la santa casa en el mismo estado en que se hallaba al verificarse el tránsito de la santísima Virgen.

Cuando, merced á la conversión del emperador Constantino, la Iglesia salió triunfante de las catacumbas, la gloriosa santa Elena, que profesó extraordinaria devoción á los lugares donde se verificaron los misterios de la Redención, y que tuvo la dicha de encontrar el leño sacrosanto de la cruz, decoró con régia magnificencia la casa de la Virgen María, convirtiéndola en santuario, y mandó colocar en su fachada principal esta inscripción: *ESTA ES EL ARCA EN LA CUAL SE PUSO EL FUNDAMENTO DE LA SALUD DEL HOMBRE*. Desde los primeros tiempos del Cristianismo fue la santa casa de la Virgen objeto de gran veneración. San Jerónimo habla de ella, y dice que tenía dos iglesias, una en el lugar donde se presentó el Ángel á anunciar á María el gran misterio de la encarnación del Verbo, y la otra en la que JESUCRISTO fue criado.

¿Cómo se halla hoy en Italia la casa ó santuario de que nos ocupamos, habiendo sido edificada en Nazaret? Vamos á explicarlo con la brevedad posible. En el año 1291 Nazaret cayó en poder de los infieles como toda la Palestina, quedando por lo tanto la santa casa expuesta á las profanaciones de los sarracenos. Dios en su altísima providencia quiso evitarlo, y aquel venerable edificio fue milagrosamente trasladado desde Nazaret á Tersato, que es un lugar de la Dalmacia. Este prodigioso acontecimiento tuvo lugar el 9 de mayo del citado año 1291. El hecho resultó indudable después de practicadas las más minuciosas averiguaciones. Los fieles de Tersato, que llenos de regocijo acudieron á visitar la casa, después que Alejandro, pastor espiritual de aquel lugar, les hubo manifestado la revelación que del hecho había tenido hallándose á las puertas de la muerte, y el beneficio que había recibido al mismo tiempo de obtener repentinamente la salud para que pudiese anunciarlo, hallaron en el venerable edificio un altar con una imagen de JESUCRISTO crucificado, y en un nicho de la pared una efigie que representaba la santísima Virgen María con el Niño Jesús en los brazos, habiendo manifestado el piadoso Alejandro que aquellas imágenes habían sido hechas por san Lucas.

Tres años y nueve meses hacía que los habitantes de Tersato poseían aquella alhaja de valor inapreciable, cuando levantándola los Ángeles nuevamente, y atravesando con ella por los aires sobre el mar Adriático, la condujeron á la comarca de Ancona, colocándola en una selva á corta distancia de la ciudad de Recanete, que era posesión de una noble señora llamada Laureta, motivo por el cual vino á llamarse aquel famoso santuario de Nuestra Señora de Loreto, cuyo nombre conserva. Cuatro millas de distancia había desde donde fue coloca-

tiempo que se consagraba á las investigaciones teológicas, aprender á ejercitarse en la virtud que debe ser inseparable del sacerdote cristiano; el socorro de los desvalidos, la santa caridad.

Establecióse para ello en Roma.

Roma es la ciudad de la beneficencia; parece que el Cristianismo ha querido lavar las manchas que impresas le dejara la tiranía y el egoísmo de los imperios gentílicos; allí donde la esclavitud fue sancionada y canonizada, la misericordia recibe un culto multiforme y constante.

No hay sufrimiento que no tenga allí su consuelo elevado á institución; no hay allí gemidos aislados; el ¡ay! del pobre, del enfermo, del huérfano encuentra ecos cien veces repetidos en otros tantos corazones que han adoptado por lema característico de la vida esta palabra del amor de JESUCRISTO inspirada á Pablo: *Sufro con los que sufren*.

El catálogo de un libro tan vulgar como *La guía de Roma* es una página elocuentísima, en la que se revela el genuino espíritu de la ciudad de los Papas.

El hospital del Espíritu Santo.

da la casa hasta Recanete; mas, como quiera que fuese tan crecido el número de fieles que de todas partes acudían á visitar aquel santuario, empezaron á edificar casas á su alrededor hasta que llegaron á formar una ciudad llamada también Loreto. Esta segunda y última traslación de la casa de la Virgen tuvo lugar el 10 de diciembre de 1294. Catorce días después subió á ocupar la cátedra de san Pedro el papa Bonifacio VIII. Los Sumos Pontífices, que han rivalizado en el celo por el mayor esplendor de aquel lugar, han procurado también enriquecerle, dotando un número de sacerdotes para que diariamente ofrezcan en él el santo sacrificio de nuestros altares, habiendo al mismo tiempo penitenciarlos de diversas naciones, para que puedan oír en confesión á los naturales del país y á los extranjeros que soliciten purificar su conciencia en tan venerable santuario, siendo innumerables las gracias espirituales que benignamente han concedido á los que visitaren la santa casa lauretana, y á los que en ella recibían los santos sacramentos de la Penitencia y Comunión. Á los sacerdotes toca el aseo y limpieza del santuario, y el polvo que recogen del lugar donde se verificó la encarnación del Hijo de Dios lo colocan en papeles en los cuales hay grabada una lámina que representa aquella santa casa, y perfectamente cerrado lo distribuyen entre los peregrinos y demás viajeros que la visitan.

Á este santuario acudía á orar fervorosamente, como arriba se dice, el inocente joven predestinado por Dios para regir un día el timón de la nave de la Iglesia, el Pontífice que por más tiempo había de ocupar la Santa Sede, el que había de colocar en la corona de la Virgen sin mancha la piedra de más valor declarando dogma de fe el misterio de su Concepción en gracia, el Ángel del siglo XIX, columna inquebrantable de la justicia y el derecho, el grande é inmortal Pio IX, tan extraordinaria y justamente amado del mundo católico. Allí, en el mismo lugar donde la humildísima Virgen que se decía esclava del Señor fue elevada y engrandecida sobre toda criatura, y elevada á una dignidad casi infinita por el respeto que dice al orden hipostático, el joven Mastai Ferretti se fortaleció en ese amor y esa devoción extraordinaria que siempre ha profesado á la Reina del Amor hermoso y de la santa esperanza, á aquella por quien han tenido fin todas las herejías, y por cuya mediación la Iglesia espera un nuevo y próximo triunfo en sus actuales tribulaciones.

Dirémos para terminar que el papa Sixto V instituyó una Orden de caballeros con el título de Nuestra Señora de Loreto en 1586, concediendo á sus individuos como distintivo una medalla de oro, en cuyo anverso se veía la imagen de la santísima Virgen de Loreto, y en el reverso las armas de aquel Pontífice. Concedióles muchos privilegios, y entre ellos el de poder dejar á sus herederos las pensiones que les fuesen concedidas, de las cuales pudieran disfrutar por espacio de tres años, volviendo después de este tiempo á la Cámara apostólica. Ordenó que estos caballeros fuesen comensales del Papa, y que sus hijos primogénitos tuviesen la cualidad de condes de Letran. Estos caballeros, cuyo número se fijó en un principio en doscientos, podían casarse, estaban exentos de todo impuesto, y en ausencia de príncipes ó embajadores podían llevar el púlpito del Pontífice. Sus obligaciones eran hacer la guerra á los corsarios que infestaban los alrededores de la Marca de Ancona, perseguir á los ladrones y custodiar la ciudad de Loreto. Esta Orden ha sido suprimida, y aunque todavía hay en Roma caballeros lauretanos, no son otra cosa que oficiales de la cancillería, como los caballeros de san Pedro y de san Pablo.

- El hospital para los suizos, alemanes y flamencos.
El hospital del *Sancta Sanctorum* para enfermos crónicos.
El hospital de los *Hermanos, haced bien*.
El hospital para las enfermedades cutáneas.
El hospital de los incurables.
El hospital de la Virgen de la Consolacion para los heridos.
El hospital de San Roque para las mujeres *in partu laborantibus*.
El hospicio apostólico de San Miguel, donde se cobija á los huérfanos aprendices en diferentes artefactos.
El hospicio de San Galo, refugio nocturno de los pobres sin hospedaje.
El hospicio para los huérfanos desvalidos, llamado de Santa María *in aquiro*.
El hospicio de los portugueses.
El hospicio de los pobres polacos.
El hospicio de la Santísima Trinidad para los peregrinos.
El hospicio de los religiosos armenios.
El hospicio de los religiosos basilios.
El hospicio de los ermitaños descalzos españoles.
El hospicio de los religiosos menores conventuales de la provincia romana.
El hospicio de los pobres de la piadosa sociedad de las misiones.
El hospicio de los trinitarios descalzos italianos.
El hospicio de los trinitarios castellanos.
El hospicio de refugio ó perseverancia de las doncellas pobres.

Verdaderamente Roma demuestra ser la patria del género humano; en ella tienen casa propia los peregrinos de todas las naciones, y misericordiosa cama los enfermos de todas las dolencias; la Religión extiende sus protectoras alas sobre todos los que de amparo se hallan indigentes. Sobre la puerta principal de Roma podria grabarse con toda propiedad esta inscripcion ú otra parecida:

VENID Á MÍ TODOS LOS NECESITADOS Y HUÉRFANOS, Y YO OS ALOJARÉ Y PROTEGERÉ.

El jóven Mastai sentíase llamado á tomar parte activa en la obra divina-mente evangélica de la proteccion del pobre. Otros jóvenes de suposicion hubieran deseado trasladarse á París, donde fácil les fuera sumergirse en todos los placeres de la carne y en todas las disipaciones del espíritu; él recordaba que la bienaventuranza es prometida á los misericordiosos. Se trasladó, pues, á Roma, ciudad de la misericordia, para empezar el ejercicio del sacerdocio del amor.

En el siglo pasado vivia en Roma un pobre trabajador llamado Juan Borgi. Todos los dias festivos dirigíase al hospital del Espíritu Santo para dedicarse al servicio de los enfermos. No teniendo dinero alguno que repartirles, les consolaba con dulces palabras, les rasuraba y limpiaba, prestándoles todos los oficios propios de un adicto hermano. Con frecuencia encontraba por las calles jóvenes medio desnudos y del todo descalzos expuestos á sumergirse en el abismo del vicio, vecino siempre de la ociosidad; entre los enfermos de su predilecto hospital encontraba huérfanos desolados, sin padres ni protectores. El caritativo obrero se sentia impresionado vivamente ante el espectáculo de las desgracias de los huérfanos y de los riesgos de los vagamundos.

Para dar á unos y á otros el apoyo de su consejo y de su ejemplo, les invitaba tiernamente á pasar á visitarle en su casa, cuando hubieran obtenido la correccion. Las simpatías que naturalmente conquistaba con sus obras de

misericordia le valian el reconocimiento de sus socorridos, y su casa era frecuentada por aquella aristocracia de la miseria.

Gracias á las limosnas que él mismo recogia de algunas personas benéficas enteradas de sus ideas y nobles sentimientos, cobijaba á muchos en su hogar, les educaba y vestia, les buscaba colocaciones de aprendices artesanos en casa de algunas personas de reputacion y moralidad reconocida, abriéndoles así el camino de la honrosa subsistencia por medio del trabajo. Él mismo les enseñaba la doctrina cristiana y les acompañaba á la recepcion de los santos Sacramentos.

Su desvelo admirable fue notado luego: hombres distinguidos por su posicion y recursos le apoyaron con sus consejos y dinero; entre ellos el cardenal di Pietro, íntimo de Pio VII, compañero de su cautiverio en Fontainebleau. Aquel piadoso príncipe de la Iglesia, admirado de los angélicos sentimientos del modesto trabajador, alquiló para este y para sus protegidos un grande edificio en la *via Giulia*, señalándoles además la renta de 30 duros mensuales, con cuyos recursos pudo elevar hasta á cuarenta el número de los huérfanos amparados.

Borgi llamaba *hijos* á sus protegidos, y estos le daban con filial correspondencia el tratamiento de *padre*; de ahí que el establecimiento empezara á ser conocido con el nombre de *Tata Giovanni* (papa Juan).

• Pio VII, tan humilde como generoso, tomó por sí mismo la direccion de *Tata Giovanni*, ó sea de Borgi. Declaróse entusiasta protector de su obra, y compró, para regalárselo, con dinero de su peculio el edificio que di Pietro habia alquilado. Borgi llegó á obtener la amistad cariñosa del gran Pontífice; y sus huérfanos merecian de tal manera su predileccion, que varias veces en la sacristía de San Pedro Pio VII se habia entretenido con ellos repartiéndoles medallas y dinero.

Juan Borgi no tenia grande instruccion; pero Dios le hizo la merced de que comprendiera la importancia del saber: así es que ya desde un principio procuraba con ahinco el que sus protegidos aprendieran lectura, caligrafía y aritmética, habiendo posteriormente ampliado los estudios de su albergue con los rudimentos de ornamentacion, de dibujo lineal y de geometría, conocimientos importantes para los artesanos. Empero, ante todo y sobre todo, el anhelo de Tata Giovanni era formar los corazones de sus hijos segun los sentimientos de la mas exquisita piedad y las sólidas enseñanzas de la Religión.

Desde la época de la ereccion de aquel hospicio, venerable refugio de tantas almas y semilla de la paz de tantos hombres, quizá perdidos si no se les hubiera abierto la puerta de aquel asilo de misericordia, Roma miró con respeto la obra de uno de sus oscuros hijos, y Tata Giovanni era considerado como otro de los varones que Dios suscita de vez en cuando para ser ejemplos vivos de virtud.

Segun el reglamento de la casa, dos eclesiásticos deben cuidar de la conservacion de la disciplina entre los albergados, y la instruccion y demás cuidados la reparten sacerdotes ó legos afectos á la buena marcha del establecimiento. Un piadoso seglar tiene á su cargo presidir y administrar; es como si dijéramos la sombra de Tata Giovanni que se perpetúa por sus buenas obras.

Con aprobacion de Pio VII el jóven Mastai Ferretti entró en el hospicio de *Tata Giovanni*, para hacer entre los pobres y necesitados el aprendizaje de la caridad, virtud en la que tanta maestría debia desplegar.

No es que descuidara el cultivo de las sagradas letras. Su talento superior le daba uno de los primeros lugares en la *Academia eclesiástica*, donde profesaba la cátedra de teología el célebre Dr. Graziosi; mas de una vez el sábio profesor habia presentado como á modelo de aplicacion y provecho al estudiante Mastai Ferretti, del que llegó á decir en cierta ocasion en plena clase: *Hé aquí un jóven que tiene corazon de papa.*

Tal era el esplendor de sus virtudes y el brillo de sus cualidades.

Las delicias del jóven teólogo estaban en *Tata Giovanni*; en el cultivo de los corazones entregados á su cuidado sondeaba toda la extension de las miserias del prójimo, y se enardecia su deseo de ser útil al bien de los hermanos.

En el gran libro del infortunio aprendia la ciencia del amor, y el conocimiento del fútil carácter de la vida humana. Acostumbrado á familiarizarse con los desventurados, despegábase mas y mas cada dia su espíritu de la gloria y de la opulencia social de que le daban derecho á verse rodeado su propapia, sus virtudes, su educacion y su carácter.

El noble Mastai Ferretti logró, sin que lo pretendiera, cierta popularidad entre los plebeyos; es decir, aquella popularidad de buen género que resulta de un carácter benéfico, de un corazon franco y de una generosidad desinteresada.

El celo para el socorro y asistencia de los recogidos en *Tata Giovanni*, al paso que su aplicacion á las ciencias eclesiásticas, perjudicaban su desarrollo físico; Mastai Ferretti arrastraba una existencia lánguida. Dios le conservaba su vida para que pudiera ejercer un dia la grandiosa mision que le tenia reservada; empero su vida de hoy tenia constantemente la perspectiva del sepulcro en el dia de mañana.

El amor es siempre fuego que devora á los jóvenes: cuando es el entusiasmo excitado por una pasion rastrera, consume en el hombre dos cosas: la pureza de sentimientos y la robustez física: hay frentes cruzadas de surcos muchos años antes de llegar á la estacion de las arrugas, porque la fiebre del alma ha consumido la lozanía del cuerpo; las ramas del árbol se inclinan al suelo precisamente en la hora en que debian elevarse con virilidad hácia el cielo; entonces el jóven, cadáver antes que hombre, es la figura de la incontinencia ó de la exageracion de las pasiones que pasea ante la sociedad el certificado de la derrota de la vida sufrida en la batalla librada en el corazon. Ha idolatrado, y no teniendo otra víctima que sacrificar en aras de la diosa á la que ha consagrado su incienso y su culto, se ha tendido él mismo en el altar, y se ha inmolado. Su inmolacion es estéril. De su amor no queda otra cosa que el recuerdo de su delirio; y si la deidad á la que se sacrificó se digna derramar algunas lágrimas sobre su tumba, desahogado ya su corazon con este tributo debido á la amistad sacrificada, se abre á la recepcion de nuevos inciensos, y quizá á la presencia de nuevas inmolaciones.

De esta manera son arrancadas muchas flores del jardín social; no llegan á dar fruto, porque no saben guarecerse de los ardores del primer rayo de ese sol de las almas que se llama amor, que, si bien recibido alumbraba y fecundiza, cuando se recibe sin precaucion, su herida desmoraliza, extenua y mata.

Al lado de estas víctimas estériles, otras víctimas se presentan, tambien víctimas de amor. Son los jóvenes del sacrificio voluntario en alas de la unidad divina; son los que llevados por un misterioso é irresistible impulso se resignan á inmolarse sus fuerzas en provecho de sus hermanos. La vida mate-

rial significa poco para ellos; solo aspiran á la fecundidad moral que consiguen dando libre suelta á las inspiraciones del amor.

Aman á los que sufren, y así participan de los sufrimientos de aquellos á quienes aman; pues otro de los atributos del amor es la solidaridad que crea entre los dos objetos en que establece sus corrientes.

El alma lanzada á las inspiraciones de la caridad sufre siempre, porque jamás su beneficencia, por extraordinaria que sea, alcanza enjugar todas las lágrimas, ni cicatrizar todas las heridas, ni saciar toda el hambre.

Sufriendo con los que sufren, y siendo tantos los que sufren, el jóven consagrado á la caridad en corto período recibe acumulados los sufrimientos de la mas duradera existencia; envejece tambien prematuramente; empero su prematura vejez no es estéril; su amor ha sido fecundo. Derecho tiene á llamarse *Padre* de las almas que ha salvado y de los dolientes que ha arrebatado de brazos de la miseria y de la muerte.

Ante una de estas figuras víctimas de la caridad, avivase un sentimiento de respeto profundo; al jóven que le falta la vida por haber sido demasiado pródigo en derramar la vida por caridad, no se le compadece, se le venera. La tisis que nace de la misericordia es el certificado de la virilidad del alma. Estos cuerpos extenuados ostentan rodeada la frente con la auréola de la inmortalidad prometida al recuerdo de sus obras, que ha de ser glorioso.

El jóven Mastai Ferretti habia dejado extenuar sus fuerzas, no entre las delicias del gran mundo, mar en que naufragan tantos y tan bizarros pilotos, sino entre las miserias de la humanidad doliente.

Su enfermedad procedia, no de que su corazon estuviera disipado, sino de que su ánimo se sentia condolido.

Muchos de sus amigos anunciaban un desenlace funesto á la rápida decrepitud de sus fuerzas; empero él, familiarizado con el dolor, no se afectaba ante sus estragos; por otra parte, habia dejado sus dias en manos de la Virgen en Loreto, y repetia con edificacion: *Mi vida no me pertenece.*

Llegó la hora en que el ministro de la caridad debia elevarse al sacerdocio cristiano; las puertas del santuario iban á abrirse, y el jóven de los sacrificios iba á ofrecer al Eterno el sacrificio incruento del altar.

Las almas preparadas por la inmolacion de todo lo que en la vida es caro en bien de los hermanos son las que mejor comprenden los elevados misterios de la Redencion por la misericordia.

El preclaro talento, aun dominando las regiones lumínicas de la teología, apenas puede darse razon suficiente del enlace de los grandes dogmas en que Dios ha querido se basara la doctrina religiosa; *porque cree habla*, no cree porque investiga; la ciencia de Dios tiene su escuela en los sentimientos del espíritu; empero, cuando el espíritu está lleno de amor, abundan en él las semillas de la demostracion de la fe; cree y ama; la fe y el amor combinados llenan de celestial resplendor el santuario de los misterios teológicos.

El hombre que en esta disposicion entra en el santuario siente toda la verdad, y el convencimiento cordial de ella inspira á sus labios palabras que la hacen sentir á los otros corazones.

Así la caridad hace del hombre buen sacerdote, y del sacerdote buen maestro, buen predicador, buen consejero.

Ama, y por lo tanto tiene el principio de los dos elementos que constitu-

yen toda la vida del ministerio sacerdotal; calor y luz, dos componentes sencillos de la sublime caridad.

El jóven Mastai Ferretti tuvo la inmensa dicha de recibir el sagrado orden del presbiterado el día 11 de abril del año 1819.

Excusado es hablar del fervor y constancia de su preparacion; comprendia perfectamente todo lo trascendental del paso, la inmensa responsabilidad que contrae el hombre que se reviste de la mayor dignidad de la tierra, y que por un prodigio de la bondad divina obtiene hasta una especie de jurisdiccion sobre el mismo Dios.

Si á la palabra del Verbo la creacion surgió de la nada, á la palabra del sacerdote el Verbo que hizo la creacion descende del cielo, y el pan se transforma en carne viva é inmaculada. Dos profundos abismos se presentan á la consideracion del alma meditabunda; el de la soberanía del sacerdote y el de la obediencia del Verbo; ambas cosas son igualmente estupendas é inconmensurables; el poder del hombre llega á sus límites posibles, la docilidad de Dios traspasa los límites concebibles. Empero, si esta docilidad encanta y entusiasma, aquel poder espanta y aterra.

El hombre que sabe que su palabra va á tener eco en los cielos siente todo el peso de su responsabilidad. Hubo Santos que no se atrevieron jamás á arrostrarla. ¡Y eran santos!

El jóven Mastai Ferretti, tan humilde como benéfico, necesitó toda la vehemencia de la vocacion divina para atreverse á dar tan importante paso.

Empero sus consejeros, su director y Dios le decian: *Adelante*. Tambien Moisés vacilaba al ser llamado por Dios, que se le presentaba en medio de una zarza ardiendo. Como el legislador del mundo antiguo se descalzó para acercarse á aquel lugar santo, el jóven Mastai, que iba á dar el primer paso en el monte del Sínai cristiano, desde cuya cumbre hoy legisla sobre la Iglesia, se descalzó tambien de toda humana afeccion.

Sus fuerzas eran tan pocas, que, segun dicen algunos de sus biógrafos, Pio VII le impuso por condicion el que celebrara el santo sacrificio asistido de otro sacerdote.

Grande, trascendental acontecimiento el que tuvo lugar en los fastos de la Iglesia el día 11 de abril de 1819. En aquel día empezó á brillar en el santuario católico el sacerdote que bajo la proteccion especial del cielo debia ejercer el mas supremo magisterio en la Iglesia.

El nuevo presbítero, que habia adiestrado su alma en el ejercicio de la caridad entre los pobres del hospicio de *Tata Giovanni*, quiso que aquella casa de misericordia fuese la elegida para celebrar su primera misa. En el oratorio de aquel asilo de piedad, rodeado de aquellos á quienes habia favorecido con sus consejos morales y con sus servicios materiales, rodeado de pobres, el noble sacerdote subió al altar, sencillamente adornado para el acto.

Sin embargo, si era sencillo el aparato material, ¡cuánta esplendidez se desplegaba en la sociedad que concurría á aquella solemnidad imponente! y no es que aludamos á las familias aristocráticas de Roma, que, íntimamente relacionadas con el nuevo presbítero, es de presumir tomaron parte activa en su inmensa satisfaccion; aludimos á aquella concurrencia de desvalidos que, segun una expresion elocuente, constituyen el verdadero y mas precioso tesoro de la Iglesia.

¡Cuánta riqueza moral venia envuelta en tan material pobreza!

El recuerdo de aquel cuadro no se ha borrado todavía de la imaginacion del hoy Pio IX. Cuéntase que, hará como unos diez años, el actual Pontífice preguntó á un jóven francés, recién ordenado de presbítero: Decidme, hijo mio, puesto que habeis celebrado ya algunas veces el santo sacrificio, ¿dónde dijisteis la primera misa?

Beatísimo Padre, contestó el jóven, en las criptas del Vaticano.

Bien, yo os felicito por ello, yo la dije en *Tata Giovanni*, en medio de mis queridos huérfanos. ¡Qué grato me es recordarlo!... Y vuestra segunda misa ¿dónde la celebrásteis?

En Santa María la Mayor, Padre Santo.

¡Oh! excelente idea! á propósito es aquella basilica para elevar el ánimo; tambien os felicito por ello; mas yo celebré mi segunda misa en *Tata Giovanni*, en medio de mis pobres. Y la tercera misa ¿dónde la celebrásteis?

Señor, en San Juan de Letran.

Perfectamente, en la madre de las iglesias; acertada eleccion; yo celebré mi tercera misa en *Tata Giovanni*; y allí mismo mi cuarta, mi quinta, y yo ya no sé cuántas en aquel asilo. ¡Qué grato me era aquel lugar! ¡Qué queridos me eran aquellos pobres! Confieso que deseaba tener la dicha que vos habeis alcanzado; empero, ¿cómo separarme un solo día de aquella mi familia en JESUCRISTO? yo era para ellos el *Tata Giovanni*.

«El santuario de *Tata Giovanni*, dice Mr. de Saint-Hermel, era para Pio IX mas bello que todas las basilicas, porque era la basilica de los indigentes.»

El jóven Mastai habia sido elevado de siervo y doméstico á la suprema clase de amigo y confidente del Señor, siendo constituido columna firmísima de la Iglesia destinada á sostener su doctrina, sus virtudes y su gloria (1). Suficientemente instruido en las ciencias eclesiásticas el nuevo sacerdote que mas tarde habia de ser doctor universal de la Iglesia, maestro infalible de la fe cristiana, conocia toda la grandeza de la dignidad que se le habia conferido, el carácter que le elevaba y engrandecia, y cuál debia ser la santidad de su vida y la pureza de su doctrina para cumplir dignamente su ministerio. Como grabadas quedaron en su corazon y en su memoria las palabras pronunciadas por el pontífice que le confirió el sagrado orden sacerdotal. *Sacerdotem oportet offerre, præesse, prædicare*. Perteneciente á nobilísima familia, y poseedor por lo tanto de bienes de fortuna, no pudo tener por objeto medrar á la sombra del santuario. Su vocacion era del cielo. La caridad le apartó de los salones de la aristocracia, teatro donde podia haber desempeñado un brillante papel por reunir en su persona todos los dones de la naturaleza, y le condujo al santuario. La caridad le hizo despojarse de los ricos trajes que le correspondian por su clase para vestir la humilde y negra sotana, símbolo de su divorcio con el mundo, y de alianza con la Esposa inmaculada del Cordero. Una vez que ha subido las gradas del altar y ha ofrecido al eterno Padre la Hostia pura, santa é inmaculada, es ya un hombre de Dios, una cosa suya y consagrada á Él especialmente (2). Dirige su vista á todas partes, contempla lo que ha dejado y lo que ha recibido, y ve que su grandeza

(1) San Próspero llama á los sacerdotes: *Columnæ firmissimæ quibus in CHRISTO fundatis innititur multitudo credentium*. (Lib. II de vit. contemp. sacer. c. 3).

(2) *Genus regale... populus acquisitionis... gens sancta... Sanctum Domino... Homo Dei*. (1 Tim. I Petr. II).